

30 de agosto de 2026 – 22.º Domingo del Tiempo Ordinario

Jer 20,7-19; Rom 12,1-2; Mt 16,21-27

INTRODUCCIÓN

Una vez, un guía de montaña condujo a un grupo de excursionistas por un sendero peligroso. En un tramo especialmente difícil, un joven escalador se asustó y quiso regresar. El guía le dijo con amabilidad: «El lugar más seguro no siempre es el lugar donde te detienes; a veces, el lugar más seguro es el camino que conduce hacia arriba». Confiando en el guía, el joven continuó y más tarde descubrió una vista impresionante que lo esperaba en la cima.

En el Evangelio de hoy, Pedro quiere impedir que Jesús tome el camino difícil hacia Jerusalén, el camino que lo llevará al sufrimiento y a la cruz. Pedro habla movido por el amor, el miedo y el instinto humano. Sin embargo, Jesús revela que el camino de Dios es con frecuencia muy diferente de nuestro camino. La senda del amor fiel no siempre es fácil, pero es la senda que conduce a la vida.

Hoy somos invitados a mirarnos con sinceridad. Como Pedro, nuestra fe puede ser fuerte en un momento y débil al siguiente. Amamos a Cristo, pero nos resistimos al sacrificio. Queremos la gloria del discipulado sin asumir el costo del discipulado. Sin embargo, Jesús no rechaza a los discípulos débiles. Los forma pacientemente, los fortalece y los llama a seguirlo.

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, pidamos al Señor que perdone nuestro miedo, nuestro egoísmo y nuestra resistencia a la cruz, y que renueve en nosotros el fuego de su amor fiel.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú llamas a personas débiles y frágiles para que sean tus discípulos y formen tu Iglesia:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a tomar nuestra cruz y seguirte con amor y fidelidad: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nunca dejas de amarnos aun cuando nuestra fe vacila y nuestro valor nos falla:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, nos fortalezca cuando somos débiles, renueve en nosotros el fuego de su amor y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Cristo continúa llamando y fortaleciendo a sus discípulos imperfectos, y porque su misericordia es más grande que nuestra debilidad, elevemos ahora nuestras voces en alabanza a Dios cantando:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas que el verdadero discipulado no consiste en buscarnos a nosotros mismos, sino en seguir a tu Hijo con un corazón fiel, concédenos el valor de llevar las cruces que acompañan al amor, a la verdad y al servicio, y renueva en nosotros el fuego de tu Espíritu, para que, aun en nuestra debilidad, podamos convertirnos en testigos vivos de tu misericordia. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven observaba cómo su padre le enseñaba a andar en bicicleta. El padre corría a su lado sosteniendo firmemente el asiento. Una y otra vez el niño decía: «¡No me sueltes, papá!». Finalmente, en un momento dado, el padre soltó la mano en silencio. El niño se tambaleó, se asustó, estuvo a punto de caer, pero entonces descubrió que podía avanzar por sí mismo. Más tarde le preguntó a su padre: «¿Por qué me soltaste?». El padre respondió: «Porque si te sostuviera para siempre, nunca llegarías a ser quien estás llamado a ser».

El amor protege. Pero el amor verdadero también sabe cuándo debe permitir que otra persona recorra el camino difícil que conduce al crecimiento, a la verdad y a la misión.

Ese es precisamente el momento doloroso que encontramos en el Evangelio de hoy.

Pedro ama profundamente a Jesús. Apenas unos versículos antes, había hecho aquella magnífica confesión de fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Jesús lo

había alabado con entusiasmo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás». Pero hoy, apenas unos momentos después, Jesús le dice al mismo Pedro: «¡Apártate de mí, Satanás! Eres un obstáculo en mi camino».

¡Qué cambio tan sorprendente!

En un momento Pedro es llamado «bienaventurado»; al siguiente es llamado «Satanás». En un momento es la roca; al siguiente se convierte en piedra de tropiezo.

¿Por qué una respuesta tan dura por parte de Jesús?

Porque Pedro, aunque estaba motivado por el amor, intentaba impedir que Jesús abrazara la cruz. Pedro no podía soportar la idea de que Jesús sufriera. «¡Señor, eso no te puede suceder!». Era el grito del afecto, de la lealtad, del miedo y del amor humano. Sin embargo, Jesús reconoció en aquellas palabras la misma tentación que había enfrentado en el desierto: la tentación de la autopreservación, la tentación de evitar el sufrimiento a cualquier precio.

Y, sinceramente, ¿quién de nosotros no puede comprender a Pedro?

Todos tratamos de protegernos a nosotros mismos y a quienes amamos del sufrimiento. Los padres sufrirían gustosamente en lugar de sus hijos. Un esposo sufre cuando su esposa sufre. Una hija sufre cuando su madre anciana enferma. El amor desea naturalmente proteger.

Un médico habló una vez de su experiencia acompañando a pacientes con enfermedades terminales. Dijo que una de las cosas más difíciles para las familias es aceptar que no pueden controlarlo todo. Quieren otro tratamiento, otro hospital, otro milagro. A veces el amor intenta desesperadamente evitar lo inevitable. Sin embargo, hay momentos en que el amor más profundo no consiste en controlar, sino en acompañar; en caminar con alguien a través del sufrimiento en lugar de eliminarlo.

Pedro todavía no estaba preparado para ese tipo de amor.

Jesús sabía que la fidelidad a la misión que el Padre le había confiado lo conduciría a Jerusalén, al rechazo, al sufrimiento y a la cruz. Dada la injusticia y la dureza del mundo, no había otro camino. Evitar la cruz habría significado abandonar la misión.

Por eso Jesús pronuncia aquellas palabras exigentes: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga».

Estas palabras son frecuentemente mal entendidas. Jesús no glorifica el sufrimiento por sí mismo. El cristianismo no es una religión que busque el dolor. Jesús sanó a los enfermos, alimentó a los hambrientos, consoló a los afligidos y defendió a los oprimidos. Nunca dijo a las personas que amaran el sufrimiento. Más bien, nos enseña que la fidelidad a la verdad, al amor, a la justicia y al Evangelio a veces trae consigo sufrimiento.

Un maestro que defiende la honestidad puede volverse impopular.

Un sacerdote que proclama la verdad puede ser criticado.

Un joven que rechaza la corrupción puede ser ridiculizado.

Un padre o una madre que se sacrifica por la familia lleva una cruz escondida.

Alguien que cuida durante años a un cónyuge enfermo lleva una cruz de amor.

La cruz no es un dolor sin sentido; es el precio del amor fiel.

El profeta Jeremías, en la primera lectura de hoy, comprendió bien esta realidad. Clama a Dios casi como una protesta: «¡Me sedujiste, Señor!». Está cansado, es objeto de burlas, es rechazado. Sin embargo, dice: «Había en mi corazón como un fuego ardiente encerrado en mis huesos». No podía alejarse de Dios porque el fuego que llevaba dentro era más fuerte que su miedo.

En las lecturas de hoy arden dos clases de fuego.

Uno es el fuego de la autopreservación, el fuego que arde en Pedro.

El otro es el fuego del amor que se entrega, el fuego que arde en Jesús y en Jeremías.

El mundo nos dice constantemente: «Protégente primero. Piensa primero en ti. Conserva tu comodidad a cualquier precio». Pero Jesús revela otro camino: el camino del amor generoso, del servicio sacrificado y de la fidelidad aun cuando cuesta.

Un misionero trabajaba en una aldea remota donde no

había electricidad ni carreteras adecuadas. Alguien le preguntó: «¿Por qué te quedas aquí? Podrías haber tenido una vida cómoda en otro lugar». Él sonrió y respondió: «Porque en algún momento descubrí que la comodidad no es lo mismo que la alegría».

Esa es la paradoja del Evangelio: quienes se aferran a la vida la pierden; quienes entregan su vida por amor la encuentran.

Y esto nos lleva nuevamente a Pedro.

Quizás la frase más sorprendente del Evangelio sea esta: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

¿De verdad? ¿Pedro la roca?

Si Jesús hubiera llamado a Pedro una caña movida por el viento, probablemente lo habríamos entendido. Pedro es impulsivo, inestable e inconsistente. En un momento es valiente; al siguiente, tiene miedo. Promete fidelidad y después niega siquiera conocer a Jesús. Parece más una caricatura de una roca que una verdadera roca.

Y, sin embargo, Jesús lo elige.

¿Por qué?

Porque Pedro nos representa a todos.

Hay grandeza en nosotros, pero también debilidad. Hay generosidad en nosotros, pero también egoísmo. La fe y la duda viven una al lado de la otra en el corazón humano. La misma contradicción que existía en Pedro atraviesa toda la Iglesia y toda vida humana.

La Iglesia ha realizado un inmenso bien a lo largo de la historia: escuelas, hospitales, atención a los pobres, santos que irradiaron santidad, misioneros que sirvieron heroicamente. El mundo sería más pobre sin la Iglesia.

Y, sin embargo, la Iglesia también lleva heridas, fracasos, escándalos y pecados. Muchas personas luchan debido a estas realidades. A veces incluso los creyentes sufren a causa de la Iglesia.

Pero el Evangelio de hoy nos dice algo muy importante: Jesús fundó su Iglesia sabiendo perfectamente que estaba formada por seres humanos débiles. No eligió ángeles perfectos; eligió discípulos frágiles. Eligió a Pedro exactamente como era: débil, impulsivo, dividido, pero

capaz de amar.

Eso significa que la Iglesia permanece no por la perfección humana, sino por la gracia divina.

Existe una antigua historia sobre un sacerdote al que una vez le preguntaron: «Padre, ¿cuál es la mayor prueba de que la Iglesia Católica está guiada por el Espíritu Santo?». Sonrió y respondió: «El hecho de que haya sobrevivido dos mil años con personas como nosotros dirigiéndola».

Hay mucha verdad en ese humor.

Jesús no ama los pecados ni los fracasos de la Iglesia, pero sigue amando a la Iglesia a pesar de sus debilidades, así como nos ama a nosotros a pesar de las nuestras.

Imaginemos que la Iglesia estuviera formada únicamente por personas perfectas. Ninguno de nosotros tendría cabida aquí. Todos nos sentiríamos condenados. Pero la Iglesia es un hogar para pecadores que aprenden lentamente a convertirse en santos.

Pedro nos da esperanza porque nos recuerda que la debilidad no es el final del discipulado.

El mismo Pedro que hoy es llamado «Satanás» llegaría un día a ser lo suficientemente valiente como para morir por Cristo. La gracia lo transformó poco a poco.

Por eso san Pablo nos dice hoy: «No se acomoden a este mundo, sino transfórmense mediante la renovación de su mente». La vida cristiana es una conversión permanente hacia la mente y el corazón de Cristo.

Una vez le preguntaron a un escultor cómo podía crear una estatua tan hermosa a partir de un bloque de mármol sin forma. Él respondió: «La estatua ya estaba dentro. Yo solo quité todo lo que no pertenecía a ella».

Eso es lo que Cristo hace con nosotros.

Él ve más allá de nuestras contradicciones, miedos, pecados y fracasos. Ve al santo escondido dentro del discípulo que lucha.

Y así, hoy el Señor nos pregunta a cada uno:

¿Me seguirás solamente cuando el camino sea fácil?

¿O confiarás en mí lo suficiente para seguirme incluso a través de la cruz?

Al final de su vida, el mismo Pedro que una vez trató de impedir que Jesús sufriera finalmente comprendió. La tradición nos dice que cuando Pedro fue condenado a la crucifixión en Roma, pidió ser crucificado cabeza abajo porque no se consideraba digno de morir de la misma manera que su Maestro.

El Pedro temeroso se convirtió en Pedro fiel.

La piedra de tropiezo se convirtió en la roca.

El hombre que una vez dijo: «¡Eso no te puede suceder!», finalmente aprendió que el amor a veces debe pasar por la cruz antes de llegar a la resurrección.

Y quizá aquel padre que enseñaba a su hijo a montar en bicicleta comprendía algo del corazón mismo de Dios.

Dios no promete que nunca nos tambalearemos ni caeremos. Pero sí promete que nunca dejará de caminar a nuestro lado.

Incluso cuando la fe vacila.

Incluso cuando el sufrimiento nos desconcierta.

Incluso cuando luchamos con la Iglesia, con los demás o

incluso con nosotros mismos.

Cristo sigue diciéndonos: «Sígueme».

Y si lo hacemos, descubriremos que más allá de cada cruz nos espera la gracia de la resurrección. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos a Pedro, que confesó a Jesús como el Mesías y, sin embargo, tuvo dificultad para comprender el camino de la cruz, profesemos ahora con fe humilde la fe de la Iglesia:

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso. Que el Señor nos enseñe, por medio de estas ofrendas, a poner nuestras vidas en sus manos, confiando en Él incluso cuando el camino del discipulado se vuelve difícil.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que esta ofrenda sagrada, Señor, sea para nosotros un signo de nuestra disposición a seguir a tu Hijo con amor fiel y servicio generoso,

y que estos dones transformen nuestros corazones,
para que no busquemos nuestra propia voluntad, sino la
tuya. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y
salvación, darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría elegiste a personas débiles y
frágiles para que fueran testigos de tu Reino.

Llamaste a Pedro, vacilante pero fiel, para ser la roca de tu
Iglesia, revelando que tu gracia es más fuerte que la
debilidad humana.

En tu Hijo Jesucristo nos mostraste el camino del amor
fiel, un amor dispuesto a abrazar la cruz
para la salvación del mundo.

Por su muerte y resurrección nos has enseñado que quien
pierde su vida por Él la encontrará.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,

y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseñó que el verdadero discipulado consiste
en confiar en el Padre incluso cuando el camino pasa por
la cruz. Con la confianza de hijos amados a pesar de
nuestra debilidad, oremos juntos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente del miedo que nos impide seguir a tu Hijo,
del egoísmo que nos encierra en nosotros mismos,
y del desaliento cuando la fe se vuelve difícil.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
cuando Pedro se resistió al camino de la cruz,
lo condujiste pacientemente del miedo al amor fiel.
Mira con misericordia a tu Iglesia,
frecuentemente herida y luchando en medio de las
dificultades,
pero siempre amada por ti.
Concédenos la paz que nace de confiar en tu voluntad,
la unidad que crece por medio del perdón,
y el valor de seguirte fielmente.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que abrazó la cruz por amor a
nosotros y nos llama a seguirlo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, como Pedro, con frecuencia estamos
divididos entre el valor y el miedo, la fe y la duda, la
generosidad y la autoprotección. Sin embargo, tú nunca
dejas de llamarnos.

Continúas alimentándonos con tu Palabra y con tu Cuerpo,
fortaleciéndonos para el camino del discipulado.

Mantén vivo en nosotros el fuego de tu amor.

Enséñanos a llevar nuestras cruces con confianza,
a permanecer fieles cuando el camino se vuelve difícil,
y a creer que tu gracia es más grande que nuestra
debilidad. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por este sacramento celestial, Señor,
te pedimos que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de
tu Hijo, perseveremos en un discipulado fiel,
crezcamos en los sentimientos de Cristo
y lleguemos a ser signos de tu misericordia y de tu amor
en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los fortalezca cuando su fe sea puesta a prueba. Amén.

Que mantenga vivo en ustedes el fuego de su amor y de su verdad. Amén.

Que los ayude a seguir fielmente a Cristo, llevando su cruz con valentía y esperanza. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de amor fiel y de discipulado valiente.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Jesús no eligió a Pedro porque fuera perfecto.

Lo eligió porque la gracia puede transformar la debilidad en amor fiel.

Esa misma gracia está actuando también en nosotros.»

31 de agosto de 2026 – Lunes de la 22.^a Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 2,1–5; Lc 4,16–30

“El favor de Dios atraviesa toda frontera y derriba nuestras expectativas.”

INTRODUCCIÓN

Un viajero dependía mucho de una aplicación de navegación mientras conducía por una región desconocida. Cuando la ruta cambió repentinamente y lo llevó fuera de la carretera principal por caminos rurales sinuosos, al principio se resistió. Sin embargo, al confiar en aquel camino desconocido, descubrió paisajes hermosos y experiencias de vida que de otro modo habría pasado por alto.

También nosotros preferimos los caminos conocidos en la vida y en la fe. Con frecuencia queremos que Dios actúe según nuestras expectativas, dentro de límites cómodos que nos tranquilicen y nos permitan permanecer sin cambios. Sin embargo, el Evangelio nos conduce continuamente más allá de lo familiar, invitándonos a descubrir la gracia de Dios actuando en personas y lugares inesperados.

Hoy Jesús revela una misericordia divina que no puede quedar encerrada dentro de fronteras humanas. Los habitantes de Nazaret tienen dificultades para aceptar que el favor de Dios alcance más allá de su propio círculo, mientras que san Pablo nos recuerda que el poder de Dios no actúa mediante el prestigio humano, sino mediante la fuerza serena del Espíritu.

Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos las veces en que nos hemos resistido a la visión más amplia de Dios, hemos cerrado nuestro corazón a los demás o hemos preferido la comodidad antes que la conversión. Pidamos al Señor misericordia y perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, que viniste a anunciar la Buena Nueva a los pobres y la libertad a los oprimidos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que revelas a un Padre cuya misericordia alcanza toda frontera y toda exclusión: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos llamas a confiar en el poder de tu Espíritu más que en nuestras propias expectativas limitadas: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que nos hemos resistido a su visión más amplia, hemos rechazado su verdad y hemos limitado el alcance de su gracia, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno,
que manifiestas tu amor salvador de maneras que superan nuestras expectativas humanas
y llamas a todos los pueblos al abrazo de tu misericordia:
abre nuestros corazones para acoger tu palabra con fe,
a fin de que confiemos en el poder de tu Espíritu
y nos alegremos en la inmensidad de tu gracia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un joven regresó a su pueblo después de muchos años de estudio y trabajo en el extranjero. Al principio, la gente lo admiraba: hablaba bien, mostraba seguridad y parecía traer un aire nuevo a la comunidad. Pero cuando comenzó a cuestionar algunas de sus actitudes y suposiciones arraigadas desde hacía mucho tiempo, el ambiente cambió rápidamente. La familiaridad se convirtió en sospecha y la admiración dio paso al rechazo. No podían aceptar que alguien a quien creían conocer pudiera hablarles con una verdad tan desafiante.

Este es precisamente el modelo que vemos en Nazaret. Jesús comienza en la sinagoga rodeado de buena voluntad. La gente queda impresionada por sus palabras. Pero la admiración, por sí sola, no basta para sostener la fe cuando Dios empieza a ampliar los límites de nuestras expectativas.

En el centro de la proclamación de Jesús está la visión del profeta Isaías: la Buena Nueva para los pobres, la libertad para los cautivos, la vista para los ciegos y la liberación

para los oprimidos. No se trata de un favor reservado para unos pocos; es una declaración amplia de la misericordia de Dios que alcanza los lugares más marcados por la necesidad y el sufrimiento.

Pero Jesús no se detiene allí. Recuerda a sus oyentes a Elías y Eliseo, profetas que llevaron la bendición de Dios más allá de las fronteras de Israel, hasta personas extranjeras y consideradas de fuera. Con esto, el mensaje se vuelve más de lo que ellos pueden soportar. El favor de Dios ya no es algo que puedan contener ni controlar.

La reacción es rápida y violenta. La misma multitud que lo admiraba ahora se vuelve contra Él. Lo que comenzó como aprobación termina en ira, porque Jesús revela a un Dios que se niega a pertenecer exclusivamente a un grupo, a un sistema o a unas expectativas humanas.

San Pablo, en la primera lectura, nos ayuda a comprender la dimensión más profunda de este momento. Insiste en que su predicación no se basa en la elocuencia ni en la sabiduría humana, sino en el poder del Espíritu. La fe, nos recuerda, no descansa en lo que resulta impresionante

según los criterios humanos, sino en la acción transformadora de Dios, que con frecuencia obra a través de aquello que parece débil o poco aceptable.

Aquí está la tensión: la verdad de Dios suele llegar a nosotros de maneras que no esperamos, por medio de voces que quizá nos cueste aceptar y en direcciones que no habríamos elegido. La cuestión no es si Dios está hablando, sino si estamos dispuestos a escucharlo más allá de nuestras expectativas.

Existe la historia de un pequeño río rural que unos agricultores intentaron contener mediante barreras y canales para servir únicamente a sus propios campos. Pero después de fuertes lluvias, el río rompió aquellas barreras y se extendió por toda la región. Al principio causó temor y frustración, pero con el tiempo descubrieron que el agua había llegado a tierras lejanas y secas que durante años habían sido descuidadas. Lo que parecía una interrupción se convirtió en una fertilidad inesperada, y aquello a lo que se habían resistido terminó siendo una fuente de vida mucho más allá de sus límites originales.

Del mismo modo, la gracia de Dios no puede quedar encerrada dentro de nuestras categorías. Cuando intentamos limitar a quién puede bendecir Dios, cómo puede actuar o dónde puede manifestarse su amor, corremos el riesgo de repetir la actitud de los habitantes de Nazaret. El Señor sigue actuando donde hay necesidad, apertura y fe, incluso cuando ello desafía nuestras ideas preconcebidas. Hoy el Evangelio nos invita a ensanchar el corazón. Nos llama a reconocer que la misericordia de Dios es más grande que nuestras fronteras, nuestros prejuicios y nuestras expectativas. Si permitimos que el Espíritu Santo nos guíe, descubriremos que los caminos de Dios, aunque a veces nos desconcierten, siempre conducen a una vida más abundante.

Pidamos la gracia de recibir a Cristo no solo con admiración, sino con una fe humilde y obediente. Que podamos seguirlo más allá de nuestras seguridades y permitir que su amor transforme nuestro corazón para acoger a todos aquellos a quienes Él desea alcanzar con su misericordia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones que presentamos al Señor nos ayuden a renunciar a nuestras expectativas limitadas y a abrir el corazón al poder transformador de la gracia de Dios, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro,
recibe estas ofrendas de tu pueblo
y enséñanos, por medio de este sagrado misterio,
a acoger la amplitud de tu misericordia
y a confiar en el poder sereno de tu Espíritu que obra entre nosotros. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu Hijo, Jesucristo,
revelaste una salvación que alcanza más allá de toda frontera humana.

Él anunció la Buena Nueva a los pobres,
la libertad a los cautivos
y la esperanza a todos los que anhelaban sanación y paz.

Cuando muchos rechazaron su mensaje,
Él permaneció fiel a tu voluntad,
mostrando que tu gracia no puede quedar limitada
por los prejuicios, el miedo o las expectativas humanas.

Por la fuerza de tu Espíritu,
sigues llamando a tu pueblo
a confiar no en la sabiduría ni en el poder del mundo,
sino en la fuerza transformadora de tu amor.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre, cuyo amor supera toda frontera y cuya misericordia reúne a todos los pueblos en una sola familia:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente del miedo y de la estrechez de corazón que nos impiden reconocer la amplitud de tu misericordia.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, confiando no en la sabiduría humana sino en el poder de tu Espíritu, vivamos siempre libres del pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú fuiste rechazado por los tuyos y, sin embargo, continuaste ofreciendo misericordia y paz a todos. Líbranos del prejuicio, del miedo y de la división, y haz de nosotros instrumentos de tu amor reconciliador. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo y llama a todos los pueblos a participar en el banquete de su misericordia. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La gracia de Dios es siempre más amplia que nuestras expectativas. El Cristo que recibimos en esta Eucaristía nos llama a ir más allá de las fronteras familiares hacia una vida marcada por la misericordia, la apertura y la confianza. Que nunca nos resistamos a los caminos por los cuales Dios elige llevar vida a los demás y también a nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este sacramento celestial, Señor, nos fortalezca en la fe y ensanche nuestro corazón en la caridad, para que podamos reconocer tu presencia salvadora allí donde tu Espíritu está obrando y seguir fielmente el camino que tu Hijo nos ha mostrado. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor ensanche sus corazones para recibir su verdad con humildad. Amén.

Que los fortalezca para confiar en su Espíritu más allá de sus propias expectativas. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al acoger su gracia allí donde se manifieste.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El favor de Dios no puede quedar encerrado dentro de nuestras expectativas.

El desafío de la fe no consiste solamente en admirar a Cristo, sino en seguirlo más allá de las fronteras donde nos sentimos cómodos y permitir que su gracia ensanche nuestro corazón.

1 de septiembre de 2026 – Martes de la XXII Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 2,10–16; Lc 4,31–37

“El Espíritu que habita en nosotros vence toda tormenta interior.”

INTRODUCCIÓN

Durante una fuerte tormenta en un aeropuerto lleno de pasajeros, muchas personas observaban con ansiedad cómo aumentaban los retrasos y se extendía la confusión. Sin embargo, en medio de toda aquella tensión, la voz serena y firme del controlador aéreo guiaba cada avión con seguridad. Su voz no aumentaba el pánico; lo calmaba.

Sabemos cuánto dependen nuestras vidas de voces y presencias así. En momentos de confusión, miedo o incertidumbre, anhelamos a alguien que pueda devolvernos la calma y la claridad. Sin embargo, con frecuencia las tormentas más grandes no están fuera de nosotros, sino dentro de nosotros: tormentas de ira, ansiedad, heridas emocionales o temor.

San Pablo nos recuerda hoy que no hemos recibido el espíritu del mundo, sino «el Espíritu que viene de Dios». Por medio de ese Espíritu, el Señor forma en nosotros la mente y el corazón de Cristo. El Espíritu que habita en nosotros es más fuerte que cualquier tormenta interior. Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos los momentos en que hemos permitido que la agitación, el orgullo o el miedo nos guíen más que el Espíritu Santo. Pidamos al Señor que calme toda voz inquieta dentro de nosotros y, con corazones humildes, entremos ahora en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú hablas con autoridad divina y llevas paz a los corazones atribulados: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos liberas de todo aquello que perturba y divide nuestra vida: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llenas de tu Espíritu y nos enseñas a vivir con la mente de Cristo: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso calme toda tormenta dentro de nuestros corazones, nos libre de todo aquello que nos separa de su paz, nos fortalezca con el poder de su Espíritu Santo y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que has dado el Espíritu de tu Hijo para habitar en nuestros corazones y guiarnos hacia tu verdad, concédenos que, en medio de las inquietudes y perturbaciones de este mundo, permanezcamos firmemente arraigados en la paz de Cristo, para que, formados por su Espíritu, lleguemos a ser instrumentos de sanación y esperanza para los demás.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una maestra comenzó una vez una clase en un aula especialmente inquieta y ruidosa. Nada de lo que decía parecía tranquilizar a los alumnos; las voces aumentaban, las sillas se movían y la atención estaba completamente dispersa. En lugar de gritar para imponerse al ruido, se sentó tranquilamente en su escritorio y tocó una sola nota suave en un pequeño teclado que había llevado consigo. Aquel sonido inesperado atravesó el bullicio. Uno tras otro, los estudiantes fueron guardando silencio, atraídos no por la fuerza, sino por una autoridad que no competía con el caos, sino que lo vencía mediante la serenidad.

En el Evangelio, Jesús entra en un desorden semejante dentro de la sinagoga. Un hombre, dominado y perturbado por un espíritu impuro, interrumpe la reunión con gritos y hostilidad. Sin embargo, Jesús no responde con miedo ni con agresividad. No refleja la perturbación que tiene delante. Más bien, con una autoridad serena, dice: «¡Cállate y sal de él!». Su palabra no es una reacción impulsiva; es una palabra liberadora.

La autoridad de Jesús no es dominación, sino restauración. No aplasta a la persona humana; la libera. El hombre que estaba dividido interiormente y agitado vuelve a encontrarse consigo mismo y recupera su dignidad y su paz. Quienes presencian este acontecimiento quedan admirados, porque descubren un poder que no destruye la vida, sino que la sana desde dentro.

San Pablo nos ofrece la clave de este misterio cuando habla del «Espíritu que viene de Dios» y afirma: «Nosotros tenemos la mente de Cristo». Jesús no actúa movido por la agitación humana, sino por la comunión divina. Su autoridad brota del Espíritu Santo, el mismo Espíritu que conoce las profundidades de Dios y que ahora nos ha sido dado a nosotros.

Sin embargo, el Evangelio también nos invita a reflexionar con sinceridad sobre nuestra propia vida interior. Sabemos que no toda voz que escuchamos dentro de nosotros viene del Espíritu de Dios. Hay momentos en que la ira, el miedo, el orgullo o la inseguridad hablan más fuerte que la gracia. En esas ocasiones podemos terminar

reaccionando en lugar de responder con sabiduría, y hablando de una manera que no refleja la paz de Cristo. La manera en que el Señor trata al hombre poseído nos revela también cómo actúa con nosotros. No nos abandona en nuestra confusión interior ni nos condena por ella. Más bien, trabaja para liberarnos de todo aquello que nos deforma, para que volvamos a la claridad, a la integridad y a la comunión. Su autoridad está siempre orientada a la vida, nunca al daño.

Y cuando esa liberación tiene lugar, algo nuevo comienza a crecer dentro de nosotros: la capacidad de convertirnos en instrumentos de esa misma paz para los demás. El Espíritu que recibimos no es solamente para nosotros. Está destinado a fluir a través de nosotros, llevando calma donde hay agitación, comprensión donde hay conflicto y esperanza donde hay desesperación.

Hace algunos años, después de una inundación, un río quedó bloqueado por escombros y ramas arrastradas por la corriente. Cuando finalmente se retiró aquella barrera, el agua no salió de manera destructiva; fluyó con constancia,

devolviendo la vida a las tierras secas que estaban río abajo. Así sucede cuando el Señor elimina los obstáculos interiores que nos bloquean. Su Espíritu vuelve a fluir libremente a través de nosotros, llevando vida donde antes había estancamiento.

Y así regresamos al punto de partida: la voz que calma el caos, la presencia que restaura el orden, la Palabra que libera en lugar de abrumar. Cuando Cristo habla dentro de nosotros, incluso nuestros lugares más heridos y turbulentos pueden convertirse en espacios de paz, hasta que, transformados por su Espíritu, nosotros también lleguemos a ser voces que ayuden a calmar las tormentas de los demás.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que el Señor reciba estos dones que presentamos ante él y, por la fuerza de su Espíritu, calme toda inquietud dentro de nosotros, de modo que nuestra vida llegue a ser una ofrenda agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas sagradas ofrendas, Señor,
se conviertan para nosotros en fuente de sanación y de
paz, para que, liberados de toda agitación interior y
fortalecidos por tu Espíritu,
vivamos con la mente y el corazón de Cristo
y llevemos tu consuelo a quienes sufren.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.
Porque, en tu inmensa misericordia,
no dejaste a la humanidad cautiva del miedo, de la
confusión y del poder del pecado,
sino que enviaste a tu Hijo en medio de nosotros
para pronunciar palabras que restauran, sanan y liberan.

Con una autoridad nacida no de la dominación sino del
amor,
él calmó los corazones atribulados,
liberó a quienes estaban oprimidos por las tinieblas
y reveló la paz que procede de tu Espíritu.
En él nos has dado la mente de Cristo
y has derramado tu Espíritu Santo en nuestros corazones,
para que, en medio de las tormentas de la vida,
caminemos con confianza, esperanza y comunión.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria diciendo:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y formados por el
divino Espíritu, que calma todo temor y nos enseña a vivir
como hijos de Dios, nos atrevemos a decir:
Padre nuestro...

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y calma las tormentas que perturban nuestro corazón.
Líbranos de los miedos, las angustias y los espíritus de
inquietud que nos impiden vivir en la paz de Cristo,
para que, guiados siempre por tu Espíritu Santo,
permanezcamos firmes en la esperanza y generosos en el
amor, mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú hablaste con una autoridad que llevó paz a los
corazones atribulados
y libertad a quienes estaban cargados por las tinieblas.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, conforme a tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
éste es aquel cuya palabra calma toda tormenta dentro de
nosotros y nos devuelve la paz.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tu palabra ha entrado hoy en nuestros
corazones no para condenar, sino para restaurar.
Tú conoces las inquietudes ocultas que llevamos,
los temores que escondemos
y las voces interiores que perturban nuestra paz.
Sin embargo, vuelves a hablarnos con dulce autoridad:
«¡Silencio!». Y por medio de tu Espíritu traes calma donde
había turbulencia, luz donde había confusión
y esperanza donde había cansancio.
Permanece en nosotros, Señor,
para que la paz que hemos recibido en este altar
se derrame hacia cada conversación, cada relación y cada
prueba que debemos afrontar.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la acción de este don celestial, Señor,
lleve paz y sanación a nuestros corazones,
para que, renovados por el Cuerpo y la Sangre de Cristo
y guiados por la fuerza del Espíritu Santo,
venzamos toda tormenta interior
y lleguemos a ser signos de tu presencia en el mundo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesús,
cuya palabra lleva paz a los corazones atribulados,
los libre de todo temor y los fortalezca con su Espíritu.
Que les conceda la mente de Cristo,
para que sus palabras y acciones lleven sanación y
esperanza a los demás.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con la fuerza
serena de su Espíritu y llevando paz a las tormentas de los
demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El Espíritu de Cristo que habita en nosotros es más fuerte
que cualquier tormenta que nos rodea. Cuando permitimos
que su voz nos guíe en lugar del miedo, la ira o el orgullo,
nos convertimos en instrumentos de paz en un mundo
inquieto.

2 de septiembre de 2026 – Miércoles de la 22.^a Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 3,1–9; Lc 4,38–44

“Convertirnos en puentes de gracia entre Cristo y la humanidad”

INTRODUCCIÓN

Un operador de señales ferroviarias salvó una vez cientos de vidas no mediante una acción heroica espectacular, sino gracias a su atención y vigilancia. Al darse cuenta de que dos trenes avanzaban sin saberlo hacia la misma vía, desvió con calma una de las líneas a tiempo. Los pasajeros nunca supieron cuán cerca habían estado del peligro; simplemente llegaron sanos y salvos a su destino porque alguien permaneció silenciosamente entre el riesgo y la seguridad.

Su tarea era sencilla y, sin embargo, esencial: convertirse en un puente que permitiera a otros continuar su viaje en paz. Él no creó los trenes ni controló el destino final, pero su vigilancia conectó a las personas con la seguridad y la vida.

Nuestra vocación cristiana es muy semejante. En las lecturas de hoy vemos a creyentes que llevan a otros a Jesús, oran por ellos, interceden por ellos y se convierten en instrumentos mediante los cuales la gracia de Cristo alcanza a quienes están necesitados. Se nos recuerda que incluso los pequeños actos de oración, de ánimo, de compasión y de presencia fiel pueden convertirse en puentes de gracia entre Cristo y la humanidad.

Sin embargo, hay momentos en que no intercedemos, no apoyamos o no ayudamos a otros a acercarse a Cristo mediante nuestras palabras y acciones. Por eso, reconociendo nuestros pecados y las oportunidades perdidas para convertirnos en canales de la gracia de Dios, busquemos ahora la misericordia del Señor en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú escuchaste el clamor de los enfermos y llevaste sanación a quienes eran presentados ante Ti: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos llamas a sostenernos unos a otros con la oración y a convertirnos en puentes de Tu gracia y compasión: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú te retirabas a orar para buscar la voluntad del Padre y permanecer fiel a Tu misión:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestra falta de compromiso para acercar a otros a su amor, nos fortalezca para convertirnos en fieles puentes de gracia mediante la oración y el servicio compasivo, y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre misericordioso y lleno de amor,
Tú llamas a tu pueblo a participar en la misión de tu Hijo llevando unos a otros en la oración, la compasión y el servicio fiel.

Enséñanos a convertirnos en puentes de gracia entre Cristo y la humanidad, para que, mediante nuestras palabras, acciones y sacrificios ocultos, otros puedan encontrar tu presencia sanadora y tu amor salvador.

Concédenos corazones atentos a las necesidades de los demás

y espíritus arraigados en la oración y el discernimiento.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un maestro de escuela observó que uno de sus alumnos llegaba cada día triste y distraído. En lugar de ignorarlo, habló con él con paciencia, escuchó sus dificultades y lo puso en contacto con personas que podían ayudarlo. Tiempo después, el joven dijo: “Mi maestro no resolvió todos mis problemas, pero me condujo hacia quienes podían ayudarme a salir adelante”. Sin darse cuenta, aquel maestro se había convertido en un puente entre la

necesidad y la esperanza.

Algo muy parecido sucede en el Evangelio de hoy. Las personas reunidas en la casa de Simón Pedro interceden por su suegra, que está enferma con fiebre. Otros llevan directamente a Jesús a sus familiares y amigos enfermos. Algunos hablan en favor de otros; algunos los cargan físicamente hasta Él. Todos, de distintas maneras, actúan como mediadores entre el sufrimiento humano y la misericordia divina.

Este es el corazón de la vida cristiana: llevar a los demás a Cristo y llevar a Cristo a los demás. La oración de intercesión no es un ejercicio pasivo, sino una participación viva en la obra salvadora de Dios. Cuando oramos por alguien, lo presentamos ante el Señor con la confianza de que Él ya está actuando en su vida.

La mención que hace san Pablo de Epafras en la primera lectura resalta esta misma misión. Él trabajaba intensamente en la oración por los colosenses, luchando espiritualmente por ellos para que permanecieran maduros en Cristo. La Iglesia primitiva comprendía que el

crecimiento espiritual no depende únicamente del esfuerzo personal, sino también de la fuerza oculta de quienes oran e interceden.

Sin embargo, el Evangelio también nos muestra a Jesús plenamente entregado al servicio y, al mismo tiempo, retirándose a la oración. Aunque las multitudes querían retenerlo en Cafarnaúm, Él sabía que debía continuar su camino, guiado no por las exigencias de la gente, sino por el propósito de Dios. Su oración no era una huida de la misión, sino la fuente de claridad para cumplirla.

Aquí encontramos una tensión que muchas veces experimentamos nosotros mismos. Las expectativas de los demás pueden pesar sobre nosotros y empujarnos en direcciones que no siempre coinciden con la voluntad de Dios. Como Jesús, necesitamos momentos de oración para discernir no solo lo que parece bueno, sino aquello que verdaderamente es la voluntad de Dios para nosotros.

Aquí aparece con claridad el hilo conductor del mensaje de hoy: estamos llamados a ser puentes de gracia. No a controlar los resultados ni a resolver todos los problemas,

sino a conectar fielmente a las personas con Dios y la presencia de Dios con las personas mediante la oración, la compasión y una vida vivida en la verdad.

Una feligresa visitaba discretamente cada semana a una vecina anciana que vivía sola. No llevaba grandes soluciones, sino conversación, algunos víveres y una promesa constante: “Estoy rezando por usted”. Cuando la anciana falleció serenamente, la familia encontró un montón de notas escritas a mano, cada una con una sencilla oración ofrecida durante años. Nadie había visto esas oraciones en acción, pero todos percibieron sus frutos. En esa fidelidad silenciosa, aquella mujer se había convertido verdaderamente en un puente de gracia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, mediante estos dones, ofrezcamos no solo pan y vino, sino también nuestra disposición a convertirnos en instrumentos por medio de los cuales la gracia de Cristo llegue a quienes buscan sanación, esperanza y paz.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta estos dones que presentamos sobre tu altar
y, por medio de esta ofrenda sagrada,
haz de nosotros servidores fieles de tu compasión y
misericordia.

Así como tu Hijo acogió a los enfermos, a los cansados y a todos los que lo buscaban,
enséñanos también a acercar a otros hacia Ti
mediante la oración, la caridad y una vida arraigada en tu voluntad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque, en tu misericordia, enviaste a tu Hijo entre
nosotros como médico, maestro y pastor de las almas.
Él acogió a los que sufrían, escuchó el clamor de los
débiles y reveló que no existe dolor humano que esté

fuera del alcance de tu compasión.

En Él has llamado a tu Iglesia
a convertirse en un puente vivo de gracia en el mundo:
a sostenerse mutuamente en la oración,
a apoyar con compasión a los cansados
y a conducir a todos hacia la luz de la salvación.
A través de momentos visibles e invisibles,
mediante actos ocultos de fidelidad y silenciosa
intercesión, sigues derramando tu gracia sobre la
humanidad. Por eso, con los Ángeles y los Santos,
proclamamos tu gloria y te aclamamos con una sola voz:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Padre nuestro...

Confiemos en el Padre que nos llama a apoyarnos
mutuamente como hermanos y hermanas y a convertirnos
en puentes de su gracia en el mundo.

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
podamos convertirnos en instrumentos de reconciliación,
sanación y esperanza para los demás,
acercando a tu amorosa presencia a quienes se sienten
agobiados,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
Tú sanaste a los enfermos, consolaste a los afligidos
y acogiste a todos los que eran llevados ante Ti con fe.
No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu
Iglesia,
que continúa orando e intercediendo por el mundo;
y concédele, conforme a tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Éste es Aquel que sana nuestra debilidad y nos fortalece
para convertirnos en puentes de su gracia para los demás.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,

Tú nos has alimentado con tu Cuerpo y tu Sangre
para que llevemos tu presencia a la vida de los demás.

Enséñanos a convertirnos en silenciosos puentes de
gracia:

personas que oran con fidelidad,

sirven con compasión

y conducen suavemente a otros hacia Ti.

Que los actos ocultos de amor que ofrecemos cada día
se conviertan en canales por los cuales tu sanación y tu
paz alcancen al mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios,
te rogamos humildemente, Señor, que por medio de esta
comunión fortalezcas en nosotros el espíritu de oración,
compasión y servicio fiel.

Haznos atentos a las necesidades de quienes nos rodean,
para que, fortalecidos por la gracia de Cristo,
podamos convertirnos en signos vivos de tu misericordia
en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y fortalezca
para que sean fieles puentes de su gracia y compasión.

Que profundice en ustedes el espíritu de oración,
los guíe en el cumplimiento de su voluntad
y haga de sus vidas instrumentos de sanación y
esperanza para los demás.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y
Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca
para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al convertirse en puentes de gracia, llevando a Cristo a los demás y acercando a los demás a Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Cada oración ofrecida por otra persona se convierte en un puente por el cual la gracia de Dios entra silenciosamente en el mundo.”

3 de septiembre de 2026 – Jueves de la 22.^a Semana del Tiempo Ordinario - San Gregorio Magno

1 Cor 3,18–23; Lc 5,1–11 - “El fracaso se convierte en una llamada a confiar en la palabra de Dios.”

INTRODUCCIÓN

Una persona aficionada al ajedrez contó una vez cómo perdía una y otra vez contra un jugador más joven. Frustrado, estuvo a punto de abandonar el juego por completo. Entonces el joven le dijo: “Estás jugando solamente para no perder. Empieza a jugar para descubrir el juego”. Aquella sencilla observación cambió para siempre la manera en que afrontaba cada movimiento.

La historia no trata realmente sobre el ajedrez. Trata sobre cómo el fracaso puede convertirse en una puerta en lugar de un callejón sin salida. A veces, aquello que parece vacío o decepcionante se convierte precisamente en el lugar donde comienza a surgir una sabiduría más profunda. Con frecuencia, el verdadero cambio que necesitamos no está en nuestras circunstancias, sino en nuestra apertura interior. El Evangelio de hoy nos presenta a Pedro después de una

larga y estéril noche de trabajo. Cansado y desanimado, se encuentra con Jesús, cuya palabra abre una posibilidad que va más allá de todo cálculo humano. San Gregorio Magno nos recuerda que la verdadera sabiduría comienza cuando permitimos que la palabra de Dios nos guíe más allá de los límites de nuestras propias certezas.

Al reunirnos hoy ante el Señor, traemos nuestras propias redes vacías, nuestros esfuerzos fallidos y nuestros momentos de desaliento. Confiando en que Cristo no rechaza nuestra debilidad, sino que entra en ella con misericordia, reconozcamos ahora nuestros pecados y preparémonos para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú vienes a nosotros en los momentos de fracaso y nos llamas a no tener miedo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos invitas a confiar en tu palabra cuando nuestras propias fuerzas se han agotado:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú transformas nuestra debilidad en misión y nuestro vacío en gracia: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos confiado solamente en nosotros mismos, nos fortalezca cuando el desaliento nos abrume, y nos conduzca del miedo a una confianza más profunda en su palabra; perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que guiaste a san Gregorio Magno para conducir a tu Iglesia con sabiduría y humilde confianza, enséñanos, en medio de nuestros fracasos e incertidumbres, a escuchar atentamente la voz de tu Hijo y a lanzar nuestra vida a las aguas profundas de la fe.

Que nunca quedemos prisioneros del desaliento, sino que descubramos siempre en tu palabra el valor para comenzar de nuevo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILÍA

Un agricultor contaba que hubo una temporada en la que parecía que todo salía mal. Había preparado la tierra con esmero, sembrado a tiempo y trabajado con dedicación. Sin embargo, las lluvias tardaron en llegar y la cosecha parecía perdida. Cuando ya estaba dispuesto a resignarse, un vecino anciano le aconsejó que no abandonara el campo y que siguiera cuidándolo con paciencia.

Al principio dudó. Todo indicaba que el esfuerzo sería inútil. Pero algo en la serenidad de aquel consejo le hizo perseverar. Poco tiempo después llegaron las lluvias y la cosecha resultó mucho mejor de lo que había imaginado. Era como si la tierra hubiera estado esperando un acto de confianza para revelar su abundancia.

Ese momento refleja la escena del Evangelio en la que Pedro, agotado después de una noche de trabajo infructuoso, escucha a Jesús decir: “Rema mar adentro”. El hilo conductor de este encuentro es sencillo y, al mismo tiempo, exigente: la Palabra que nos encuentra en medio

de nuestro fracaso se convierte en la llamada que nos impulsa a seguir adelante.

La experiencia de Pedro le decía que se detuviera. Todo lo que sabía como pescador le aseguraba que ya no había nada que ganar. Sin embargo, la palabra de Jesús interrumpe la lógica del cansancio. Con frecuencia, la fe comienza precisamente allí, cuando nuestras certezas llegan a su límite y otra voz nos pide silenciosamente confianza.

Lo que llama la atención es que Jesús no comienza corrigiendo a Pedro, sino orientándolo. No lo reprende por su fracaso; lo invita a una nueva posibilidad. En la lógica del Evangelio, el fracaso no es una descalificación; muchas veces es precisamente el lugar donde Dios comienza a actuar.

La reacción de Pedro, sin embargo, no es un entusiasmo inmediato, sino una profunda conciencia de su indignidad: “Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador”. Esta es la paradoja del encuentro con Dios: la conciencia de nuestra pequeñez no aleja a Cristo; más bien lo atrae hacia

nosotros.

Jesús no se aleja. Al contrario, transforma tanto el vacío del pescador como su juicio sobre sí mismo en una misión: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres”. Las mismas manos que habían recogido redes vacías reciben ahora la misión de reunir vidas para el Reino de Dios.

Vemos aquí lo que san Gregorio Magno subrayó tantas veces: la llamada divina no evita la debilidad humana, sino que entra en ella. La gracia no espera la perfección; actúa a través de la disponibilidad. Lo importante no es la ausencia de fracasos, sino la presencia de una voluntad dispuesta.

Y así, el Evangelio termina no con peces ni con barcas, sino con una partida: “Ellos, dejándolo todo, lo siguieron”. Un gesto sencillo, pero que cambió la dirección de toda su vida. Podríamos decir que todo comenzó con una noche en la que no hubo nada, pero terminó con una vida llena de sentido, porque cuando Cristo entra en nuestra historia, incluso los momentos de aparente fracaso pueden convertirse en el inicio de una vocación y de una esperanza nuevas.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar al Señor las ofrendas de nuestro trabajo, nuestras decepciones y nuestras esperanzas, aprendamos a confiar más en su palabra que en nuestros temores, y para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que el sacrificio que te ofrecemos, Señor, se convierta para nosotros en signo de una confianza renovada, para que, como Pedro, no permanezcamos prisioneros del fracaso, sino que respondamos generosamente a la llamada de tu Hijo.

Concede que estos dones, puestos en tus manos, nos conduzcan a una fe más profunda y a un servicio fiel. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu sabiduría no abandonas a tu pueblo en su debilidad, sino que manifiestas tu poder a través de quienes confían en ti.

Cuando el esfuerzo humano fracasa y los corazones se cansan, tu Hijo pronuncia la palabra que devuelve la esperanza y nos llama a aguas más profundas de fe.

En Pedro y en los apóstoles
mostraste que la gracia no espera la perfección,
sino que transforma la debilidad en misión
y el miedo en un discipulado valiente.

Y en san Gregorio Magno
diste a tu Iglesia un pastor
que enseñó con su palabra y con su ejemplo
que la verdadera grandeza se encuentra en la humilde

obediencia a tu voluntad.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre que nos llama a ir más allá del miedo y nos enseña a confiar en su palabra incluso en medio de nuestra debilidad:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo desaliento y de todo temor que nos impidan seguir tu llamada; concédenos la paz en nuestros días, para que, confiando no solamente en nuestras propias fuerzas sino en el poder de tu palabra, seamos libres de la desesperanza y vivamos firmes en la esperanza mientras aguardamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que estuviste junto a unos pescadores cansados
y transformaste su desaliento en esperanza,
no mires nuestros miedos, fracasos o vacilaciones,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédenos bondadosamente la paz
que nace de confiar en tu palabra por encima de nuestras
propias certezas.

Haznos valientes para seguir tu llamada
y perseverantes en la misión que nos confías,
conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios,
que viene a llenar el vacío de nuestros corazones y a
llamarnos a una confianza más profunda.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, con demasiada frecuencia medimos nuestra vida
por los éxitos y los fracasos, por las redes llenas o por las
manos vacías. Sin embargo, hoy nos recuerdas que tu
gracia comienza precisamente donde terminan nuestras
certezas. Pedro descubrió que la noche del fracaso no fue
el final de su historia, sino el comienzo de su vocación.
Enséñanos a no tener miedo de nuestra debilidad. Cuando
nos sintamos cansados, insuficientes o decepcionados,
ayúdanos a escuchar de nuevo tu suave invitación: “Rema
mar adentro”. Que tu palabra sea más fuerte que nuestras
dudas y tu presencia más grande que nuestros temores.
Como san Gregorio Magno, que aprendamos la sabiduría
de la humilde confianza. Y alimentados por esta
Eucaristía, que dejemos atrás todo aquello que nos impide
seguirte con un corazón indiviso.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te rogamos, Dios todopoderoso,
que, por el misterio que hemos celebrado,
crezcamos en confianza en tu palabra salvadora,
para que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de Cristo,
no seamos vencidos por el fracaso ni por el miedo,
sino que perseveremos con alegría en la misión que nos
encomiendas. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los fortalezca cuando sus esfuerzos
parezcan infructuosos,
les enseñe a confiar en su palabra más allá de su propio
entendimiento,
y los conduzca con valentía hacia las aguas más
profundas de la fe.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al confiar en su
palabra incluso cuando las redes parezcan vacías.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

En el Evangelio, el fracaso nunca tiene la última palabra.
Cuando termina la certeza humana, comienza la invitación
de Cristo: “Rema mar adentro”. Las redes vacías de
nuestra vida pueden convertirse precisamente en el lugar
donde Dios nos llama a una confianza más profunda y a
una misión más grande.

**4 de septiembre de 2026 – Viernes de la 22.^a Semana
del Tiempo Ordinario**

1 Cor 4,1–5; Lc 5,33–39

La obra nueva de Dios supera los juicios antiguos.

INTRODUCCIÓN

Una conocida orquesta sinfónica presentó una vez a un joven director para una temporada de conciertos. En la noche de apertura, sorprendió al público al modificar ligeramente el ritmo y los acentos de una pieza clásica muy apreciada. Algunos críticos abandonaron la sala murmurando que había “alterado la tradición”, mientras que otros se sintieron inesperadamente conmovidos por la frescura de lo que habían escuchado. La misma música había provocado juicios muy diferentes.

Ese episodio nos recuerda cuán rápidamente solemos evaluar aquello que todavía no comprendemos plenamente. Lo que nos resulta desconocido suele ser etiquetado como defectuoso antes de ser escuchado con atención. Sin embargo, el tiempo a veces revela profundidad allí donde las primeras impresiones solo

vieron perturbación.

En las lecturas de hoy, tanto Pablo como Jesús se encuentran con personas que juzgan demasiado rápido según expectativas fijas. Pablo se confía únicamente al juicio de Dios, mientras que Jesús enseña que el vino nuevo necesita odres nuevos. La obra de Dios con frecuencia supera nuestras categorías y nos invita a una apertura más profunda.

Al reunirnos para celebrar esta Eucaristía, preguntémonos si nuestros corazones están abiertos a la novedad de la gracia de Dios o cerrados por juicios rígidos y expectativas estrechas. Reconociendo nuestra necesidad de renovación, busquemos ahora la misericordia del Señor en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes como el Esposo que trae alegría y vida nueva a tu pueblo: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a ir más allá de los juicios rígidos y a tener corazones renovados por tu Espíritu: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres el vino nuevo de la salvación que hace nuevas todas las cosas: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos libre de los corazones endurecidos y de los juicios estrechos, nos abra a la acción renovadora de su Espíritu, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuyo Hijo vino entre nosotros como el Esposo de una alianza nueva y eterna, concédenos no aferrarnos tan fuertemente a nuestras propias expectativas que dejemos de reconocer la obra nueva de tu gracia.
Renueva nuestros corazones por tu Espíritu,
para que recibamos tu verdad con humildad y alegría.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Un maestro bodeguero desarrolló una vez un nuevo tipo de recipiente flexible para transportar vino fresco a largas distancias. Era más ligero y adaptable que los odres tradicionales utilizados en su región. Sin embargo, los viticultores más antiguos lo rechazaron de inmediato, insistiendo en que solo los recipientes consagrados por el tiempo eran dignos de confianza. Más tarde, cuando el vino nuevo reventó varios de los odres viejos durante el almacenamiento, quedó claro lo que el bodeguero había querido demostrar, de una manera que las palabras por sí solas no habían logrado.

En la primera lectura de hoy, Pablo se encuentra en una situación semejante. Algunos miembros de la comunidad de Corinto juzgan su ministerio según sus propias expectativas y criterios. Pero Pablo se niega a quedar atrapado por esos veredictos y les recuerda que el juicio definitivo no pertenece a la opinión humana, sino al Señor, que conoce el corazón.

En el Evangelio, los fariseos también evalúan a Jesús y a

sus discípulos desde una perspectiva religiosa rígida. No logran comprender por qué las prácticas de ayuno no se observan de la manera acostumbrada. Pero Jesús no está simplemente modificando un sistema antiguo; está introduciendo algo radicalmente nuevo.

Él habla de sí mismo como el Esposo y de su presencia como un tiempo de alegría más que de tristeza. El vino nuevo, dice, necesita odres nuevos. Lo que Dios está realizando en Él no puede ser contenido dentro de estructuras que han perdido su capacidad de apertura.

En el centro de ambas lecturas encontramos un desafío relacionado con el discernimiento. No todo juicio nace de una verdadera comprensión. A veces, lo que parece fidelidad al pasado se convierte en resistencia al movimiento vivo del Espíritu de Dios.

Esto no significa que la tradición deba ser descartada. La cuestión es si la tradición permanece viva o si se vuelve rígida. Jesús mismo no rechaza la historia de Israel; más bien la lleva a su plenitud de una manera que exige corazones y mentes renovados.

Para nosotros, la invitación es mantener nuestras convicciones con humildad, permitiendo a Dios la libertad de sorprendernos. El Espíritu puede seguir ensanchando nuestros “odres”, preguntándonos si somos capaces de recibir la gracia en formas que no habíamos imaginado.

Se cuenta la historia de un jardinero experimentado que recibió unas semillas traídas de un país lejano. Al verlas, pensó que eran insignificantes y estuvo a punto de desecharlas. Sin embargo, decidió sembrarlas en un rincón del jardín. Meses después, aquellas semillas produjeron flores extraordinariamente hermosas que nadie en la región había visto antes. Lo que al principio parecía algo sin valor resultó ser una fuente inesperada de belleza. No fueron las semillas las que cambiaron, sino la percepción de quien las había juzgado demasiado pronto.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones y la apertura de nuestros corazones a la gracia renovadora de Dios sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe los dones que colocamos sobre tu altar
y renuévanos por el misterio que celebramos,
para que lleguemos a ser discípulos fieles,
con corazones flexibles y abiertos
al poder transformador de tu Espíritu.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y
salvación darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría nunca abandonas a tu pueblo,
sino que continuamente lo renuevas por la gracia de tu
Hijo. Cuando los corazones se endurecen por el miedo
o por juicios estrechos, nos llamas nuevamente a la
apertura y a la confianza.
En Cristo, Esposo de la nueva alianza,
revelas la alegría de la salvación

y derramas sobre el mundo el vino nuevo de tu Espíritu.
Por medio de Él nos enseñas
que tu gracia viva no puede quedar encerrada
en corazones rígidos ni en formas sin vida,
sino que busca mentes renovadas
en la humildad y en la fe.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confianto no en nuestros propios juicios, sino en la
misericordia del Padre que continuamente nos renueva
con su gracia, y formados por la enseñanza del Esposo
que hace nuevas todas las cosas, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de toda rigidez de corazón y de toda estrechez de juicio, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, permanezcamos abiertos a la guía de tu Espíritu y libres del temor que se resiste a tu gracia renovadora, mientras esperamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú viniste como el Esposo de una nueva alianza
para reconciliar a la humanidad con el Padre
y renovar los corazones por tu Espíritu.
No tengas en cuenta nuestros pecados
ni nuestra resistencia a tu gracia,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele bondadosamente la paz y la unidad
de acuerdo con tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, éste es quien trae el vino nuevo de la salvación y renueva todas las cosas.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor,
tú sigues actuando de maneras que desafían nuestras suposiciones y ensanchan nuestros corazones.
Enséñanos a no aferrarnos con miedo a lo que nos resulta familiar,
sino a confiar en el silencioso despliegue de tu gracia.
Que esta Eucaristía nos renueve interiormente,
para que lleguemos a ser odres vivos,
capaces de llevar al mundo la alegría,
la misericordia y la libertad de tu Espíritu.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios, te pedimos,
Señor, que renueves nuestra mente y nuestro corazón,
para que, libres de los juicios severos y de la
complacencia espiritual, acojamos en nuestra vida la obra
siempre nueva de tu gracia. Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones abiertos a su
Espíritu, los libre de juicios rígidos y de resistencias
nacidas del temor, y los renueve cada día en la alegría de
su gracia.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida
renovada en la apertura, la humildad y la confianza.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La gracia de Dios no siempre cabe dentro de nuestras
expectativas habituales.

El vino nuevo necesita odres nuevos: corazones
suficientemente humildes para permitir que Dios los
sorprenda.

5 de septiembre de 2026 – Sábado de la 22.^a Semana del Tiempo Ordinario

1 Cor 4, 6–15; Lc 6, 1–5

“La esperanza pone la vida por encima de las normas rígidas.”

INTRODUCCIÓN

Una vez, un maestro estableció una regla muy estricta para un examen final: ningún estudiante podía salir del aula bajo ninguna circunstancia hasta que se completaran las tres horas de duración de la prueba. A mitad del examen, un estudiante levantó la mano en silencio, no para hacer una pregunta, sino porque un compañero se había desmayado debido a la ansiedad y al hambre. El maestro dudó. La regla era clara, pero también lo era la necesidad que tenía delante de sus ojos.

En las lecturas de hoy, san Pablo nos recuerda que no debemos apartarnos de la esperanza prometida en el Evangelio. La esperanza no es un optimismo ingenuo; es la convicción de que Dios permanece presente,

especialmente cuando la vida parece rígida, limitada o incluso injusta. En el Evangelio, esa tensión se hace visible en un campo de trigo donde la ley y la vida parecen entrar en conflicto.

Los fariseos ven una violación de la observancia del sábado; Jesús ve a unos discípulos hambrientos. Lo que está en juego no es simplemente la interpretación de unas normas, sino la cuestión más profunda de cómo se comprende la voluntad de Dios frente a la necesidad humana. El Evangelio coloca constantemente la vida por encima del legalismo.

El hilo conductor que atraviesa la Palabra de hoy es este: “una esperanza que sirve a la vida, y no una ley por la ley misma.” Cuando nos medimos con este criterio, reconocemos rápidamente cuántas veces elegimos el control en lugar de la compasión, y la regulación en lugar de la relación. Por eso nos volvemos al Señor, pidiéndole misericordia por las veces en que hemos preferido tener razón antes que amar.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú no viniste a cargar a la humanidad con pesos insoportables, sino a restaurar la vida y la esperanza: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú colocas la compasión por encima del juicio rígido y la misericordia por encima de una observancia vacía: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú eres el Señor del sábado y nos enseñas a reconocer la dignidad y la necesidad de cada persona: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama a alejarnos de la dureza de corazón y nos enseña a poner el amor por encima del legalismo, perdone nuestros pecados, sane todo lo que hay de rígido en nosotros y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que enviaste a tu Hijo para revelar que tu ley encuentra su plenitud en la misericordia y que tus mandamientos conducen siempre a la vida, concede que tu pueblo nunca se aferre a las normas sin compasión, sino que, sostenido por la esperanza del Evangelio, pueda reconocer a Cristo en los hambrientos, los cansados y los heridos.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

En una ciudad afectada por una fuerte tormenta, un conductor de autobús vio a una anciana esperando bajo la lluvia en una parada que estaba temporalmente cerrada debido a obras. Según las normas, no podía detenerse allí. Sin embargo, al verla empapada y con dificultad para mantenerse en pie, decidió parar y ayudarla a subir. Más

tarde tuvo que explicar por qué había incumplido el reglamento. Su respuesta fue sencilla: la persona necesitaba ayuda. En aquel momento, la compasión fue más importante que la norma.

En el Evangelio de hoy, los discípulos caminan por un campo de trigo y arrancan algunas espigas para calmar el hambre. Para los fariseos, aquello constituye una violación de la ley del sábado, porque trabajar estaba prohibido.

Para Jesús, en cambio, es un momento en el que la vida misma afirma su prioridad sobre una interpretación rígida.

La tensión no es nueva. Jesús responde recordando a David, quien permitió que sus hombres hambrientos comieran los panes consagrados. Incluso aquello que es sagrado, sugiere Jesús, no puede comprenderse al margen de las exigencias de la necesidad humana.

En el centro de esta discusión encontramos una afirmación profunda: «El Hijo del hombre es Señor del sábado». Jesús no está aboliendo el sábado; está revelando su verdadero significado. El sábado no fue hecho para cargar la vida con pesos, sino para bendecirla;

no para limitar la misericordia, sino para profundizarla.

San Pablo, a su manera, señala la misma realidad cuando recuerda a la comunidad que todo lo que poseen ha sido recibido como don. Si todo es gracia, entonces la vida no puede reducirse al control ni a la posesión. La gratitud abre el corazón, mientras que la rigidez lo cierra. La esperanza, insiste Pablo, nace cuando recordamos que somos sostenidos por Dios y no contruidos únicamente por nosotros mismos.

Cuando la ley se separa del amor, pierde su alma. Cuando la religión olvida la misericordia, olvida a Cristo. El hambre de los discípulos no es una molestia que deba regularse; es una realidad humana que debe ser acogida con compasión. Jesús no discute contra el sábado; lo devuelve a su auténtico propósito.

Para nosotros hoy, la pregunta es sutil pero real: ¿dónde seguimos poniendo las normas, las expectativas o las tradiciones por encima de las necesidades concretas de las personas que tenemos delante? La fe se vuelve estéril cuando deja de inclinarse hacia los heridos, los cansados

o los hambrientos. Cristo sigue estando al lado de aquellos cuya necesidad es inmediata e imposible de ignorar.

Una escena final nos ayuda a comprenderlo mejor. En una sala de urgencias muy concurrida, una enfermera observa que el estado de un paciente empeora rápidamente, aunque otro caso debía ser atendido primero según el orden establecido. Sin esperar una autorización formal, actúa de inmediato. Más tarde le preguntan por qué se saltó el procedimiento. Su respuesta es simple: el paciente se estaba muriendo. En aquel momento, la norma tuvo que ceder ante la persona.

El Evangelio no termina con la defensa de un reglamento, sino con la revelación de un Señor: aquel que pone la vida en el centro y, al hacerlo, nos llama a hacer lo mismo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso, mientras le ofrecemos no solo pan y vino, sino también nuestro deseo de poner la misericordia antes que el juicio y la esperanza antes que el temor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que te presentamos y enséñanos, por medio de este santo sacrificio, que el culto que te agrada nunca está separado de la compasión hacia los demás.

Que estas ofrendas nos fortalezcan para servir generosamente a la vida y caminar en la libertad de tu Hijo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría diste el sábado
no como una carga para la humanidad,
sino como un signo de tu amoroso cuidado y de tu descanso.

Y cuando los corazones se endurecieron por el miedo y el juicio rígido, enviaste a tu Hijo, Jesucristo, para revelar el significado más profundo de tu ley. En él, los hambrientos son alimentados, los cansados son fortalecidos, y la misericordia es elevada por encima del sacrificio. Él nos enseña que todo mandamiento encuentra su plenitud en el amor y que la verdadera santidad está siempre al servicio de la vida.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Nuestro Padre es un Padre de misericordia y no de dureza; un Padre que conoce nuestra hambre, nuestra debilidad y nuestra necesidad. Confiando en su compasión y en su amor lleno de esperanza, oremos juntos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, especialmente de la dureza de corazón que pone las normas por encima de las personas y el juicio por encima de la misericordia.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres del pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú enseñaste a tus discípulos que la verdadera santidad se encuentra en la misericordia y la compasión.

No tengas en cuenta nuestros fracasos ni nuestras rigideces, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, conforme a tu voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que alimenta a los hambrientos y fortalece a los cansados.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor del sábado nos ha alimentado con el Pan de Vida.

En Cristo descubrimos que la santidad de Dios nunca está alejada de la necesidad humana. La Eucaristía que recibimos nos llama a convertirnos en personas cuya fe sea amable, misericordiosa y atenta al sufrimiento de los demás. La esperanza crece allí donde la compasión es más fuerte que el control y donde el amor es más grande que el miedo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido estos santos misterios, Señor,
te pedimos que este alimento celestial
ablande todo lo que haya de rígido en nosotros

y nos enseñe a reconocer tu presencia
en las necesidades de quienes nos rodean.
Que la esperanza que hemos recibido en Cristo
nos lleve siempre a elegir la misericordia, la compasión y
la vida. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y les enseñe
a poner la compasión antes que el juicio
y la misericordia antes que la observancia rígida.
Amén.

Que los fortalezca en la esperanza del Evangelio,
para que su fe esté siempre al servicio de la vida y nunca
la convierta en una carga.

Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida marcada por la misericordia, la compasión y la esperanza.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Las normas encuentran su verdadero sentido solamente cuando están al servicio de la vida, la misericordia y el amor.»